

Diablotexto *Digital*



MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA, CAROLINA MELONI GONZÁLEZ Y CAROLA
SAIEGH DORÍN: *TRANSTERRADAS. EL EXILIO INFANTIL Y JUVENIL COMO
LUGAR DE MEMORIA*

Temperley: Tren en movimiento, 2019, 192 pp.

ANDREA COBAS CARRAL
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

¿Cómo relatar la experiencia del exilio? ¿Cómo dar cuenta desde la escritura del desgarramiento subjetivo que provoca un desplazamiento forzado? ¿Cómo recobrar desde el presente el impacto que la violencia política deja en el recuerdo de niñas bruscamente separadas de su entorno, de sus afectos, de los objetos cotidianos que componen sus mundos? En *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria*, Marisa González de Oleaga, Carolina Meloni González y Carola Saiegh Dorín indagan desde el presente esas problemáticas inscriptas en sus biografías de niñas argentinas trasladadas a España en los años 70.

Organizado en apartados a cargo de cada una de las autoras, el texto avanza con una escritura que desafía las clasificaciones genéricas: entre el relato autobiográfico, el ensayo y la prosa poética, *Transterradas* funciona por adición al sumar, página tras página, capas de sentido, voces que son ecos de otras voces, de otros territorios, de otras violencias. De ese modo, los relatos de vida trascienden lo individual y convergen en una historia más amplia en la



que la experiencia subjetiva se enmarca en otra que es comunitaria y transversal a espacios y momentos históricos. Como copiando en su materialidad la lógica fragmentaria constitutiva de la memoria, *Transterradas* termina por presentar ante quien lee un territorio plural y polifónico, semejante a un archipiélago en el que cada fragmento mantiene su especificidad al tiempo que reclama ser leído en la trama significativa de la que forma parte.

El recorrido que proponen los tres apartados principales del libro atestigua ese abordaje que paulatinamente va articulando facetas diversas de la experiencia del exilio. En este sentido, la primera y más extensa parte “En tierra de nadie/ todo lo que era mío” (21-97) redactada por Marisa González de Oleaga (Buenos Aires, 1960) es la que, desde una escritura de corte poético, se centra en una exploración más personal de la experiencia de pasaje implicada en el exilio. Alternando temporalidades y espacios, esta zona de *Transterradas* parece copiar en su ritmo narrativo los flujos de ese río Paraná que González evoca en su relato de vida: hija de españoles que emigran a Argentina escapando de la violencia del franquismo es llevada de vuelta a Asturias cuando sus padres intuyen que la violencia política que comienza a vivirse en Argentina hacia 1974 se asemeja a aquella otra que buscaban dejar atrás. En el ir y venir entre España y el Delta, en el ir y venir entre pasado y presente, en la alternancia entre un “yo” y un “nosotros”, González encuentra la clave que le permite narrar sus experiencias y memorias. En segundo lugar, y con una reflexión más ensayística, con “*Ritornello: el exilio como guarida*” (99-147) de Carolina Meloni González (Tucumán, 1975), *Transterradas* propone una recuperación explícita de la matriz política del exilio para indagar en sus implicancias subjetivas. Es en el relato de Meloni en el que el terrorismo de Estado surge con mayor nitidez en toda su crudeza: el encarcelamiento, la desaparición, la imperiosa necesidad de escapar como alternativas biográficas que la autora desmenuza para pensar su “existencia transterrada”. Al deconstruir en su relato nociones como la de Patria o al analizar críticamente sus fotografías familiares, Meloni pone en tensión el repertorio de lugares comunes para narrar la experiencia del exilio desde la perspectiva de una hija



de militantes argentinos de los 70. Por último, con una prosa que transmite con precisión el descentramiento que produce el exilio, “Alzar la voz o la imposibilidad de decir” (149-179) de Carola Saiegh Dorín (Buenos Aires, 1968) es, sobre todo, una reflexión en torno del pasaje que se opera en la lengua como marca concreta y más durable del exilio: “En doce horas de avión el pebete se hizo medianoche, las medialunas cruasanes, la manteca mantequilla”. Trayendo al relato recuerdos de significativa potencia condensadora —como las cajas de maní con chocolate devenidas en “postales transatlánticas” que la niña escribe y envía a su padre—, Saiegh trama en su escritura la experiencia del desarraigo desde una perspectiva que recobra con ternura la mirada de aquella niña obligada por el exilio a volver a nombrar el mundo y a encontrar las palabras adecuadas para nombrarse a sí misma en él.

Sin subestimar el impacto disruptivo del exilio en tanto hiato que divide en dos sus biografías, Marisa González, Carolina Meloni y Carola Saiegh — desde distintas perspectivas y a través de opciones estéticas diferentes— se focalizan en sus apartados más bien en aquello que permanece reconvertido, en esos hilos que persisten sosteniendo una continuidad que solo es posible al asumir su carácter esencialmente precario y frágil. En ese sentido, la elección para el título del libro del prefijo “trans” pone el énfasis en los procesos que habilitan un tránsito formativo y vital más que en la pérdida asociada con el exilio como instancia absoluta que ubicaría a los sujetos en un no-lugar que los desterritorializa y que los obtura. En *Transterradas*, el exilio parece entonces ser recuperado en toda su complejidad a un tiempo como potencia, como acto y como permanencia. Es así que la experiencia radical de tránsito deviene en el texto multifacético lugar de memoria, instancia productiva de sentido para poner en palabras las alternativas de biografías que no pueden ser pensadas por fuera de los procesos políticos, económicos y sociales que obligan a esos desplazamientos. Recuperando desde la Guerra Civil española hasta la última dictadura cívico-militar argentina, los sucesivos relatos en primera persona componen un arco que resuena en nuestro presente en el que otros sujetos atravesados por la guerra, el hambre o las múltiples formas de la violencia son



también obligados al exilio. En el transcurrir de las páginas, los diversos “yo” que enuncian experiencias personales convergen en un “nosotros” que interpela a quien lee al presentizar la violencia política en su dimensión más ominosa.

En ese sentido, justamente que se recuperen como eje de los relatos experiencias de infancia y de adolescencia vuelve palpable la manera en que opera el exilio sobre la subjetividad infantil: la ruptura de la lógica que organiza la cotidianeidad hace incomprensible y brutal para esas niñas el tránsito entre territorios, tránsito que, como surge de sus relatos de adultas, no se circunscribe a una cuestión de emplazamientos y empieza para ellas antes de recalar en la nueva tierra que las acoge. Pero si *Transterradas* recupera la percepción infantil sobre el exilio no lo hace simulando las voces de niñas que recuerdan e intentan poner en palabras lo que se presenta ante ellas como incomprensible y difuso. Por el contrario, también en este punto el texto se afirma sobre el presente: las autoras buscan recobrar esas memorias, pero poniéndolas en tensión, reinterpretándolas a la luz de lo que ahora son, sumando a esos recuerdos de niñez las trayectorias y saberes de sus vidas vividas como transterradas. De este modo, la recuperación casi visceral de olores, sonoridades, imágenes y texturas que llegan desde el pasado de la niñez con su carga fantasmática coexiste en los relatos con una reflexión mediada por lecturas, recorridos profesionales e itinerarios afectivos de la adultez. Ese contrapunto entre el recuerdo de Argentina y de los primeros tiempos en el exilio y su reinterpretación desde el presente dota de espesor a *Transterradas* al componer de manera explícita una mirada que indaga y cuestiona el recuerdo logrando así que el pasado que emerge en los relatos no sea acrílica memoria cristalizada o llana evocación nostálgica de una vida que tan solo persiste como pérdida.

En síntesis, no hay en *Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria* un regodeo estéril en la matriz traumática de la experiencia del exilio ni tampoco un coqueteo con las formas de la indecibilidad, por el contrario, Marisa González de Oleaga, Carolina Meloni González y Carola



Saiegh Dorín —con una propuesta original que encarna en escrituras políticamente potentes— recuperan sus vivencias personales para afirmar la necesidad de recomponer un entramado comunitario que permita pensar desde el presente las violencias que atraviesan a los sujetos.